

Table with 4 columns: Bajamar, Pleamar, Coeficiente, Amplitud. Rows for M. 10 28, T. 10 45.

IMPRESA, LITOGRAFIA, ENCUADERNACION. ADMINISTRACION PLAZA DE LA LIBERTAD.

MEDOC ESPAÑOL. HERMANOS. Encomendado vino, tanto en la isla de Cuba como en la América del Sur.

TORRE EIFFEL: VÉASE EL ANUNCIO EN 4.ª PLANA

VAPOR EXPRESS. PASEO MARITIMO POR LA COSTA

en la tarde del jueves 29 de agosto de 1889. A LAS CUATRO, si el tiempo lo permite.

PRECIOS. Puente. . . . . Pesetas 1'50 Cubierta á proa. . . . . id. 1

CORRESPONDENCIA. Madrid 25.

Sr. Director de EL ATLANTICO. El conflicto militar.

Según telegramas de San Sebastián, recibidos esta tarde, el conflicto militar puede considerarse resuelto en principio.

Los ministros residentes en San Sebastián reunieron ayer con el señor Sagasta, y acordaron el relevo del capitán general de Castilla la Nueva.

El meeting socialista. El llamado partido socialista madrileño lleva funcionando algunos años.

Siempre Gómez Crespo, siempre Iglesias. Y siempre los mismos temas, siempre las mismas frases y los mismos giros.

Tanto es así, que de la reunión que celebraron anoche en el Liceo Rius, podíamos dar cuenta sin auxilio de las reseñas que hacen los periódicos de la mañana.

El compañero Crespo fué el que habló primero y á poco de empezar le interrumpió el llanto de un niño que, según El País, estaba agarrado al pecho de una apreciable socialista.

Restablecida la calma continúa su discurso: —Señores (esta manera de dirigirse al público llamó con razón la atención de todos.)

—Aquí no hay señores, dijo un socialista. —Correligionarios... dijo Crespo rectificando.

—Tampoco, añadió otra voz; nosotros no tenemos religión. —Pues, compañeros... (Varias voces: Eso, eso.)

Queridos compañeros; voy á ocuparme de la inmoralidad administrativa de los partidos de la burguesía.

—A callarse, dicen varias voces. El orador censura que no hayan ido al Ayuntamiento las personas que estaban designadas, y por esto arremetió contra ellas.

EL ATLANTICO.

Una voz: Que se calle. Varias voces: Fuera de aquí. El señor Barck protesta.

Un socialista avanza por el pasillo central de butacas, y dice al señor Barck. —Cállese usted ó hable usted claro; para venir aquí se necesita saber español.

Risas generales, protestas, tumulto. El orador se ve precisado á ocupar el centro del escenario para calmar al auditorio.

Una voz: Es muy pequeño Bismarck para nosotros. (Bravos.)

¿Qué hemos de esperar nosotros de esos hombres que, como Romero Robledo, forman un partido dando un paseo por una plazuela? Nada.

El compañero Iglesias se exhibe y habla al auditorio del Congreso socialista recientemente celebrado en París, explicando sus acuerdos.

Al llegar á la abolición del ejército permanente, dijo: «Esos ejércitos sólo sirven para guardar los intereses de los reyes, los cuales siempre creen ver peligros para la patria. Para nosotros no hay patria...»

Una voz: Nuestra patria es el mundo. Otra voz: Esa, esa.

Un socialista: Así lo dijo Veremundo. (Risas en algunas partes.)

Iglesias terminó su discurso explicando el alcance del Congreso de París y la importancia que, en su sentir, tiene el Comité ejecutivo internacional que se nombró y que reside en Suiza.

El presidente, en vista de lo avanzado de la hora, levantó la sesión á las doce y cinco. La concurrencia fué escasa.

Los reformistas. Los reformistas no quieren confesar que su jefe aprovechará la primera ocasión propicia para reingresar en el campo conservador, y que para esto se ha dejado la puerta abierta con la siguiente declaración:

«Yo no volveré al partido conservador; pero futuras contingencias podrán unirme al señor Cánovas del Castillo.»

Estas palabras, según los reformistas, quieren decir que cuando las Cortes reanuden sus tareas, el partido conservador empezará á sufrir una transformación radical en su organización y en los principios que lo informan, llegando hasta perder el nombre que hoy lleva.

De esa manera, y por virtud de una serie de evoluciones, siempre en sentido progresivo por parte del señor Cánovas y de los que le sigan, pudiera suceder que llegaran á encontrarse con el señor Romero Robledo, sellándose la unión de éste con aquél, sin que pudiera decirse que había reingresado en el partido conservador.

Esto dicen los reformistas. B.

EXTRANJERO.

INGLATERRA. Sir Hicks-Beach, presidente de la Cámara de Comercio, anunció el sábado en la Cámara de los Comunes que el gobierno inglés ha aceptado la invitación de los Estados Unidos para tomar parte en una conferencia marítima que ha de verificarse en el mes de octubre próximo.

Se ha designado ya la comisión inglesa, formada de almirantes, del secretario del ministerio de Comercio y capitanes de la marina mercante.

Los delegados ingleses no estarán autorizados para adoptar acuerdos de naturaleza tal que obliguen al Gobierno, si bien éste examinará con el mayor interés las proposiciones que por aquéllos les sean presentadas.

—Según las últimas noticias de Londres, la huelga de los braceros de los docks es ahora general. No se ha turbado el orden, pero fuertes destacamentos de policía de á

caballo vigilan las inmediaciones de los docks.

Se ha celebrado un nuevo meeting en la City. Los oradores, —uno de ellos Mr. Jhon Burns, miembro socialista del consejo del condado de Loudres — alentaban á los huelguistas á que persistieran en su actitud.

Las compañías de los docks, por su parte, están decididos á resistir enérgicamente.

ITALIA. Tan luego como el rey Humberto termine su viaje, los buques que componen la escuadra que ha escoltado al «yacht» Savoia regresarán á Spezzia para reconocerlos y proceder en ellos á las reparaciones que sean precisas.

Después irán á Génova, donde se hallará reunida toda la escuadra permanente con el objeto de hacer los honores al emperador de Alemania á su paso para Grecia. Una parte de la escuadra italiana irá escoltando algún tiempo á la alemana.

Se están terminando en el palacio real de Monza los preparativos para recibir á Guillermo II y á la emperatriz, que permanecerán allí algunos días al lado del rey y de la reina de Italia.

SUIZA. La policía federal ha dado orden de expulsar de Ginebra á quince rusos. Son inminentes otras expulsiones.

A LA AGUADA.

RAYOS DE LUNA. NOCTURNO.

¡Con cuánta pompa y majestad se puso el sol la tarde de aquel día! Sin duda Febo se vestía y aicalaba para alguna fiesta que en el Olimpo celebraban los inmortales; acaso allá en Pafos, sobre la fresca ribera de Chipre, palpitante de amor y resplandeciente de hermosura, esperaba impaciente Afrodita al rubio hijo de Latona, quien con mano nerviosa hostigaba los fogosos caballos de su cuadruga, que rodaba por el cielo levantando nubes de inflamado polvo.

Al fin sacudió Apolo los rizos de oro de su cabellera, lanzó á la tierra una última mirada de despedida que brilló con llamada intensa; y entre oleadas de luz, allá por donde el cielo se besa con las aguas del Cantábrico, se hundió magestuoso, arrastrando entre la estela de fuego su flotante manto de púrpura, orlado del niveo encaje de las nubes.

Su pensativo escudero el Crepúsculo que cerraba su paso, fué desfilando lentamente; y á la luz de su melancólica mirada, el cielo fué haciendo más obscuro y más profundo su claro azul, las aguas de la bahía se tiñeron de color ceniciento, los lejanos montes trocaban en violado el verde esmeralda de sus faldas, y esfumaron el quebrado perfil de sus picos, tras de los cuales la silenciosa noche, que espía el momento, asomó su faz sombría, batió las leves alas de gasa y surcó los aires blandamente, colgando de los cielos flotantes crespones de sombra.

En los muelles de Maliaño, donde yo me hallaba, todo fué quedando poco á poco en silencio; las rechamantes grúas gemieron con el último esfuerzo, las máquinas dieron tregua al cansado pulmón, se cargaron los últimos fardos que los carros se llevaron entre el monótono campaneó de los bueyes; y las cuadrillas de cargadores fueron desfilando como fantasmas que se desvanecían entre la sombra. Todos los ruidos se fueron apagando; sólo lejano, cual murmullo de agua, se oía el confuso rumor de la ciudad, como el jadeo de la respiración después de un rudo día de trabajo y de fatiga. El muelle quedó desierto, mudo y oscuro.

En el cielo una mano invisible fué encendiendo con pausa el claro falda de las estrellas, que fulguraban con tenue resplandor entre leve neblina, como lucentes granos de oro sobre ligero velo de gasa. En el muelle brillaron en dilatada hilera los faroles, como cintillo de diamantes, y al fondo levantaban los edificios sus moles gigantescas, horadadas aquí y allá por mil huecos de luz que á borbotones arrojaban las abiertas ventanas. Las aguas serenas y sombrías como un lago de tinta dormían en honda calma; y confundidamente entre la sombra dibujaban los buques anclados la informe masa de su casco que parecía el cuerpo de algún monstruoso pulpo, erizados los tentáculos del revuelto aparejo, en el cual brillaban las luces de posición como fosforescentes pupilas de mirar siniestro.

El silencio acentuó su calma, como dos compases de espera en medio de una sinfonía wagneriana, entre las borrascosas armonías de la introducción y las leves notas que preludian el motivo. También la naturaleza gustaba á veces usar de los contrastes.

Luego por un boquete de los ribazos de Somo y de Galizano apareció trémulo un hilo de luz que brilló un momento curioseando cuanto pasaba al lado de acá de los montes, y se volvió á esconder de pronto detrás de los ribazos. Sin duda era un espía ó avanzada, porque muy pronto comenzó á teñirse el cielo de suave claridad, después de una luz tenue y blanquecina, que en rápido crescendo fué acentuando y haciendo vivos sus tonos hasta inflamar todo el cielo con vivas llamaradas de luz, que subía en ondas fulgurantes desvaneciéndose gradualmente hasta extinguirse en el remoto confin, donde se agrupaban las sombras como ejército que huye en desbandada ante el ímpetu irresistible de falange enemiga.

Parecía que del otro lado de los montes se habían prendido de pronto miles de focos luminosos de una potencia centuplicada; ó más bien, el extraño albor de la aurora en las regiones hiperbóreas, reverberando su luz naciente en las innumeras sábanas del hielo perpetuo.

Las montañas fueron dibujando sobre el cielo de nácár sus contornos accidentados y su recortada silueta, tomando las formas más caprichosas y extrañas, de enormes pajaricos con las alas extendidas, de animales gigantescos con el lomo erizado, de monstruos en actitudes violentas, de nubarrones de perfil borroso, de todas las figuras más extravagantes y fantásticas como las visiones de una pesadilla ó las imágenes de un kaleidoscopio.

En el aire embebido de luz flotaban burbujas de fuego como impalpable polvo de oro; las aguas de la bahía comenzaban á relucir como terso espejo de acero bruñido; en los rincones más oscuros y apartados se agazapaban las medrosas sombras; todo en la tierra dormía en calma y en el cielo parpadaban las estrellas amortiguando el destello de sus lucientes ojos. Todo yacía en apacible descanso, todo respiraba poesía y misterio, todo anunciaba el majestuoso paso de una diosa...

Que pronto apareció sobre el azul de los cielos, asomando primero su frente cubierta de carmin donde resplandecía la luz de los inmortales; luego fué pausadamente descubriendo todo el hermoso cuerpo teñido de purpura; la casta, la hermosa Diana, la diosa del pudor y de los amores honestos.

Y así fué con grave paso remontando el cielo en su carro de nácár; dejando por huella de su curva carrera un río de perlas; mecándose blandamente, cubierta de rubor al ver expuesto á las escrutadoras miradas de los mortales su cuerpo virginal. A su paso palidecían las estrellas, languidecía la verdadera pupila de los luceros, y todos los astros suspendían extasiados su carrera; sonreían los cielos de júbilo y la tierra se estremecía de alborozo.

Y allí, desde su alto trono, paseó su mirada dulce y melancólica por cuanto abajo había: primero por los picos de Alisas que ostentaban erguidas sus calvas frentes; sobre Cabarga, en cuyo lomo ondulado brilló un momento como festón de plata; por las lejanas montañas que se bañaron en olas de luz; por las lomas de Guarnizo y de Maliaño en cuyas faldas dormían escondidos porción de pueblucillos y caseríos que parecieron inflamarse á su contacto; por el cuerpo rocoso y descarnado de Peña-Castillo que lanzó reflejos cárdenos; y ora reluciendo en la ría, ora filtrándose entre los árboles de Aurbajo y del Astillero, ó bien centelleando en la crestería de la sierra, todo se fué bañando en aquella luz triste y misteriosa, y todo fué despertando y animándose como si liciera ya la Aurora del nuevo día: las casitas blancas y por las verdes laderas de la montaña bajaban desde lo alto cataratas de luz que corrían saltando y bullendo como nevada espuma.

En las aguas del puerto riaban sus rayos como hirvientes chorros de plata fundida, sus claros cristales despedían reflejos diamantinos y se encendían en fulguraciones extrañas como si las aguas corrieran sobre un lecho de fuego. Los barcos, envueltos en un nimbo de claridad, vigorizaban sus contornos, marcando hasta los más finos detalles de su arboladura, la ciudad dormía, reclinando su cuerpo en la verde loma, hundidos los pies en el agua que arrullaba su sueño, bañada en aquella luz mortecina, que caía desde la altura como impalpable lluvia de menudas perlas.

Yo, en tanto, permanecía allí en el muelle, sentado sobre unos viejos tablones carcomidos por el salitre del mar, donde acaso flotaban un día sosteniendo ufanos gallarda arboladura, y hoy yacían renegridos y cubiertos de roña como carcomidos huesos insepultos. A mi espalda avanzaba por el agua hasta perderse en la sombra, la escollera del dique, cuyas piedras verduzcas relumbraban como las viscosas escamas de un reptil; el arenal relucía con reflejos de oro y los haces de juncos levantaban sus varillas enhiestas como las púas de un erizo; los carriles de acero corrían hasta el infinito sin encontrarse nunca, y los alambres del teléfono se dibujaban sobre el cielo como una madeja de hilos de plata. En el muelle, los montones de fardos, cubiertos de encerados negros, simulaban los cerrados sarcófagos de un cementerio, y los almacenes, con su cara bañada de luz y el cuerpo hundido en las tinieblas, parecían cadáveres vestidos de negras mortajas.

Mi sombra que fué desprendiéndose silenciosa por entre mis pies, comenzó á dar vueltas por el suelo en mi redor con gestos y contorsiones ridiculas, mientras yo asomaba toda mi alma á los ojos por sentir y gozar más de cerca las bellezas de aquella noche esplendorosa.

La luz que resbalaba suavemente por mi cuerpo, entraba á torrentes por las pupilas iluminando con su claridad dulce y melancólica los senos más recónditos del cerebro; produciéndome una sensación tan agradable como la que experimenta el cuerpo reseco por el calor y dolorido por la fatiga al meterse en un baño de agua tibia y perfumada.

Los rayos de plata se internaban por las cavidades encefálicas registrándolo todo, tocando todos los resortes del cerebro y levantando rumores sonoros, como notas arrancadas de un arpa; uno mas atrevido rozó ligeramente la oculta clave de la memoria y de su fondo oscuro, como enjambre de avispas se levantaron de pronto á la voz del conjuro los recuerdos dormidos y borrosos, de días tranquilos de la niñez, de horas de fiebre, de momentos de angustia y desfallecimiento, de instantes de inusitada, de dulces memorias de seres queridos y de amistades olvidadas, de escenas agradables, de caras risueñas, de semblantes torvos y siniestros, de placeres pasados y de penas existentes; todos y bullendo en danza diabólica como burbujas de un vaso de sidra, saltando y rebotando como los granizos entre las hojas, volteando como insectos zumbadores, chocando entre sí y le-

Table with 3 columns: Precios de suscripción, Trimestre, Ptas., Céntimos. Rows for Capital, Fuera de la capital, Europa y Antillas, Países de la Union Postal y Filipinas.

Imprenta y redacción, Libertad, 1.—Kiosco de la plaza de la Libertad.—Expedientaría número 18, calle de Hernán-Cortés.—Idem Daoiz y Velarde, núm. 21.—Baños de la provincia.—TRES SUETOS, 5 CENTS.

vantando una algarabía tan desagradable y desarmónica, como al afinar los instrumentos de una orquesta; hasta que al fin, rendidos de su danza, fueron haciendo más lentos sus giros, más pausados sus vuelos; se fueron calmando y pacificando hasta caer culebreando en el fondo negro de la memoria, como puñado de piedrecillas arrojadas en un estanque.

Entonces comenzaron á surgir los pensamientos como leve vapor que se desprende de las aguas, impalpables como una vaga sombra sin cuerpo, misteriosos como un cuerpo sin sombra, y lentamente flotando como niebla se fueron condensando, adquiriendo consistencia y cuerpo de mil extrañas y fantásticas formas.

El cerebro entero vibraba unísono como un tren en marcha, en el pecho sentía una opresión profunda semejante á la que produce el vértigo del balanceo; y en tanto los pensamientos saltaban cual los pájaros en las ramas, aleteando incoloros y ligeros de unos á otros asuntos, sin que en ninguno de ellos posaran rendidos su inquieto vuelo.

Y así pensé al mismo tiempo en una porción de cosas inconexas y extrañas, confundidas y revueltas como pelotón de nubes, indecisas y difusas como fantasmas sin color ni faz, flotando al viento sus vaporosas túnicas y desfilando en lenta procesion interminable.

Primero pensé en la finitud de nuestro ser que nace, brilla un momento como una chispa desprendida del hogar y como ella se extingue dejando un diminuto grano de ceniza; de un extremo á otro ¡un relámpago! ¡un parpadeo!... y sin embargo ¡cuántas cosas!... Nuestros cuerpos son cual esas nubecillas que vagan por los aires, como cuerpos inertes sin espíritu que les anime, un rayo de la luna las traspasa y empapa en su luz, resplandecen un instante henchidas de orgullo creyéndose inmortales, y cuando la luna las abandona se tornan opacas, y siguen flotando hasta que una rafaga del viento las deshace en lluvia.

Y por ahí me iba remontando á no sé qué alturas metafísicas, cuando atrajo mis miradas otro espectáculo y tras él se fueron engarzados como eslabones los pensamientos. El almacén más próximo retrataba en el suelo su sombra recortada á escuadra; y esto me hizo reanudar mi monólogo: la parte sombría me pareció el ayer oscuro y profundo, y aquellos objetos confusos y de rasgos desvanecidos que se veían en la penumbra eran los días pasados, los recuerdos dormidos en la memoria, cada vez más borrosos cuanto más lejanos; la parte que bañaba la luna se me antojó el mañana, risueño, lleno de luz y de esperanza, con un horizonte muy dilatado y alegre aumentado por un efecto de espejismo; la línea imperceptible que les separaba era el presente movido; y pronto el cuadro de soubra iría avanzando y extendiéndose como marea creciente, tragando poco á poco la parte de luz, hasta que al fin quedaría todo sumido en las tinieblas, como iremos nosotros á sumirnos en las lobreguezes de la nada...

Me estremecí ante este recuerdo pavoroso y levanté los ojos al cielo en actitud de súplica, sin duda, y mis ojos se encontraron de nuevo con el disco argentino de la luna, que había ido agrandándose, agrandándose y remontando la bóveda celeste hasta encaramarse en lo más empingorotado del zénit. Desde allí arrojaba sobre la tierra chorros de luz y me miraba con su cara triste simpática y yo la miraba sin pestanear siquiera, absorbiendo en su rostro diáfano y blanquecino como si estuviera formado de cristal deslustrado, y esto me llevó á pensar en mil cosas diversas; en tantos pueblos y comarcas como habría visto en su carrera, en las diversas escenas que habría sorprendido, un coloquio íntimo y amoroso en una callejuela sombría, una ríñ a la puerta de una taberna, un idilio de gorriones bajo las hojas de un árbol y un festival de insectos bajo su corteza; aquí una fiesta, allá un duelo, una escena de tragedia en un lado y una representación de sainete en otro; se habría balanceado sobre las aguas de los mares, se habría retratado en lagos dormidos y en charcas cenagosas; habría iluminado con su luz llanuras áridas y cementerios desiertos; se habría filtrado en bosques espesos y se habría sumergido en grutas sombrías; habría despertado en el hueco de un muro á los pájaros cobijados en el nido y habría acariciado en un huerto el cáliz de las dormidas flores; y rodando sobre montes y valles, silenciosa siempre y siempre seguida de su escolta de tinieblas, habría llegado al fin hasta mí, que la esperaba impaciente y enamorado como un druida céltico ó como un soñador hijo de Omar.

Y esta contemplación tenaz en que todas las fuerzas del alma se concentraban en los ojos, fué produciendo en mi espíritu un verdadero fenómeno de hipnotismo, un sueño dulce y profundo, un sopor delicioso; y el semblante impasible de la luna fué perdiendo su rigidez inanimada, se fueron acentuando sus facciones poco á poco y adquiriendo con una expresión dulce y bondadosa, una sonrisa de infinita dulzura; y claramente ante mis ojos tuve aquel rostro dulce, pálido y cadavérico que veo en todas partes á donde miro... entonces comprendí por qué los éuskaros en su poético y áspero lenguaje la llaman «Ylenarguijád» [Luz de los muertos]... y mi frente se bañó de sudor, se hinchó mi pecho en un sollozo amarguísimo, y mis ojos se arrasaron en lágrimas...

En el reloj de la catedral sonaron isócronos doce golpes, que volaron por los aires vibrando sonoros como ecos perdidos de un lejano concierto, y me arrancaron de mis hondas cavilaciones.

Entonces volví los ojos á la ciudad que comenzaba á sumergirse en la sombra; los edificios del muelle habían ido apagando unos tras otros las luces de sus balcones, como caen los párpados rendidos por el sueño; en los tejados relumbraban las lucernas, alargaban su sombra las puntaguadas bohardillas y semejaban las chimeneas con sus tubos derechos afilados cañones de órgano; la fachada se partía en una línea diagonal de sombra y de luz, y en las vidrieras simulaba la luna maqueados de nácár y concha.

Dentro ¡quién sabe cuántas y qué distintas



escenas! En un lado velaría una familia en íntima y cariñosa tertulia, en otro peleaban en agría disensión matrimonial; aquí aguzaría un enfermo, y contigo vendría al mundo un recién nacido; unos reposarían en tranquilo y sosegado sueño, y otros se agitarían inquietos por negras y terroríficas pesadillas; quien estaría desvelado por una combinación mercantil, cual por rosadas ilusiones de amor ó de gloria, algunos se revolverían angustiados por la pena sobre un lecho de espigas y otros se mecerían en hamacas de rosas del placer; todos embutidos, encajados en ese importuno encasillado de las modernas viviendas que hace vecinos separados por un ligero tabique el amor y el odio, la felicidad y el infortunio, la esperanza y la desesperación, la pena y la alegría, la confianza y los celos...

Al otro día volvería á despertar la ciudad, las gentes saldrían de sus casas ocultando hipócritas bajo su máscara habitual lo que bullía dentro de la cabeza ó palpitaba dentro del pecho; las calles tomarían su aspecto animado, renacería la bulla y el estruendo de una ciudad mercantil, y cada uno se dedicaría á sus negocios, á sus ocupaciones, á matar el tiempo ó á engañar el fastidio, á tejer, en fin, la tela de sus días.

Esto me hizo recordar que yo también tenía reservado mi hueco en aquella estantería, y que allí me esperaba mi cama atemorizada sin duda por mi tardanza.

No quisiera esperar mi tiempo, y me levanté para marcharme, no sin dar un vistazo por el maravilloso espectáculo que presentaba la bahía; todo continuaba en calma profunda, no se oía más ruido que el chapoteo del agua que impulsada por la marea venía á besar los sillares del dique; la luna seguía despidiendo raudales de luz que resbalaba suavemente por montes y aguas, y en el muelle, sobre un montón de sacos, dormía, ajeno á tantas bellezas, el carabinero encargado de velar por los intereses del fisco.

Mis pasos resonaban huecos y acompasados sobre las tablas, por cuyas hendiduras veía relumbrar el agua con reflejos irisados de piedras preciosas. Después crucé calles solitarias y mudas como las de una ciudad desierta, como las de aquella fantástica y terrorífica del Estudiante de Salamanca; mis pisadas levantaban en el ensogado rumor misterioso; en el aire flotaba una claridad tenue y dudosa que producía honda tristeza y ese vago temor que se siente al cruzar junto á las tapias de un composito; por encima se veía una ancha faja del cielo de un azul desvaído, con negra orla ondulada que formaban los aleros de los tejados...

Mucho tiempo tardó el sueño en cerrar mis párpados aquella noche, y en desvanecer de mis ojos la imagen de luna que parecía adherida á mi retina; y cuando al fin me rindió la fatiga, todavía murmuraba yo entre sueños: ¡Ylenarguijil! ¡Ylenarguijil! ¡luz de los muertos!...

TADEO ZORTRELL.

FERROCARRIL ECONOMICO DE LA ESTACION DE TORRELAVEGA A CABEZON DE LA SAL.

II

Ayer hicimos una ligera reseña del trazado de la vía y hoy daremos más detalles de ésta.

Arranca el trazado á 15 metros de la arista exterior de la carretera, frente á la puerta principal de viajeros de la estación de Torrelavega, en sentido de E. á O., á nivel en una longitud de 138 metros, en cuya explanada se emplaza la estación. Luego se encamina al N., torciendo más adelante al O. y bajando á Torrelavega por una pendiente de 0'020 por 1, en donde, por seguir la inclinación que tienen las calles, recorre éstas con un descenso de 0'030 en 158 metros, llegando á la estación, que se emplaza en un terreno á nivel á 75 metros al N. de la carretera, entre las fábricas de cortidos y la de fósforos, salvando antes la carretera de Valladolid á Santander á la distancia de 3.187 metros del origen.

Segue el trazado al O., en línea recta por la mies de Torres, en cuyo centro, y para evitar las aguas que en invierno se suelen acumular, llevará un puente metálico de tres claros de 5'66 metros de luz.

Después de pasar el de hierro en Torres, se adosa á la carretera dejando á la derecha el molino de Torres y el puente de Ganzo en el kilómetro 5'030; perfora á los 5.195 metros el estribo de mampostería del puente construído sobre la carretera y el Saja por la Real Compañía Asturiana. Sigue entre el río y la carretera dejando en el kilómetro 6.466, á su derecha, el empalme de la carretera de Comillas. El apartadero de Puente San Miguel se emplaza en el kilómetro 6.426. Este trozo tiene una longitud de 6.754 metros y termina en «La Veguilla».

Tiene 3.717 metros en alineaciones rectas y 3.037 en 31 curvas de 110 á 500 metros de radio, habiendo una sola de 80 metros. La pendiente en general viene á ser de 0.008 metros por uno.

Las obras de movimiento de tierra consisten en terraplenes, de los que los más importantes se hallan á la bajada de la estación inmediata á los lazoes que forma la carretera general.

Las obras de fábrica de este trozo son quince, de las cuales seis se salvarán con tramos de hierro.

El segundo trozo tiene una longitud de 9.370 metros. Empieza en «La Veguilla», siguiendo la margen derecha del río, hasta el palacio del marqués de Villatorre, en cuyas inmediaciones se planteará el apeadero de Santa Isabel, que servirá para los pueblos del Ayuntamiento de Reocin.

A poca distancia, en el kilómetro 8.468, salvará al río Saja con un puente de un solo tramo metálico, con luz de 36 metros.

Colocado el trazado en la margen izquierda, atraviesa la mies de Villapresente siguiendo por el llano de las Angustinas, para penetrar en el kilómetro 10 por las peñas de la «Lumbreras», continuando por un terreno accidentado entre la montaña y el río, que dá lugar á frecuentes desmontes y escolleras hasta el kilómetro 12, en que se establece el apartadero de San Pedro de Rudagüera al cual acudirán los habitantes de los pueblos de Golbarro, Lloredo y Cerrazo, continuando por el mismo terreno el trazado hasta la Venta del Río, término del 2.º trozo, de cuyo apartadero se aprovecharán los pueblos de Barcenaciones, Carranceja y Casar.

Este apartadero y el de San Pedro son además importantes, porque en ellos se han de verificar los cruces de los trenes ascendentes y descendentes.

En este trozo se desarrollan 57 curvas, desde 140 á 1.000 metros de radio, entre las cuales se hallan trece de á 100 metros. Todas forman una longitud de 3.996 metros, quedando para las alineaciones rectas 5.374 metros.

Hay en este trozo diez obras de fábrica, de las cuales la más importante es el citado puente sobre el río Saja; tiene además 1.651 metros de terraplenes protegidos por escollera.

El trozo tercero principia en la Venta del Río, teniendo una longitud de 6.640 metros y, rompiendo el desmonte en roca á la derecha de la carretera, pasa por detrás del pueblo de Casar, inmediato á la antigua torre de Rabago, entrando en la mies, y con kilómetro y medio de alineación recta llega al estrecho de la Virgen de la Peña, donde dijimos ayer que habría un apartadero.

Allí, para atravesar el Esgovio y evitar un desmonte con una cota de 16 metros, se pasará por un túnel de 47.

Continuará con un fuerte desmonte de más de un kilómetro, hasta pasar la carretera, en el kilómetro 20.890, hasta la venta de Ontoria, donde habrá un apartadero en el kilómetro 21.

Desde este punto, y después de pasar el arroyo de las Navas, sigue en alineación recta por las mieses de la Barca y de Sapoyo hasta la fábrica de sal de la Sociedad Sainera Montañesa, donde está el emplazamiento de la estación.

Este trozo tiene un desarrollo de 1.800 metros en 20 curvas de 100 á 1.000 metros de radio, y 4.840 en alineaciones rectas. La pendiente es muy suave, pues no pasa de 0.007 metros por uno.

Las obras de fábrica son 12, todas de pequeña importancia, excepción hecha de tres puentes metálicos de 5, 10 y 12 metros de luz.

A continuación va el

Cuadro del movimiento de tierras de la sección.

Table with 4 columns: Trozos, Longitud en metros, Volumen Terraplen, Volumen Desmonte.

Para toda la sección el movimiento de tierras en terraplen por metro lineal es de 6'23 metros cúbicos, y en desmonte de 2'97.

El ancho de la vía tiene un metro y el material adoptado es del sistema Vignol con peso de 18 kilos por metro lineal.

En los pasos á nivel llevará contra-rails del mismo tamaño.

El material móvil será de 5 locomotoras, tres coches de primera, tres mixtos de 1.ª y 2.ª, 6 de segunda, 12 de 3.ª, 12 vagones cubiertos, 12 fd. descubiertos y 5 furgones.

Los productos calculados según los datos expuestos ayer ascienden á pesetas 243.523'41 en conjunto, que dan un producto bruto por kilómetro de pesetas 10.587'97.

A continuación la tarifa de los precios máximos:

Table with 2 columns: Item description and Price per unit.

Por tonelada y kilom. . . . . 0.32 (1.ª clase)

Resulta de esto que el viaje de Cabezón á la estación de Torrelavega en 1.ª clase costará 2'30 pesetas; 1'72 pesetas en 2.ª y en 3.ª 1'26 pesetas.

JURADOS.

El sorteo celebrado ante la sección primera de la Audiencia de lo criminal de esta ciudad ha designado los jurados que han de conocer en el próximo cuatrimestre en todas las causas que son de su competencia, corres-

pondientes á los partidos judiciales de Ramales, Torrelavega, Villacarriedo, San Vicente de la Barquera y Laredo, de los cuales los de los cuatro primeros partidos, deberán comparecer en el local de la Audiencia, y los del otro en la Casa Consistorial de Laredo en los días y horas y para la vista de las causas siguientes:

Los jurados correspondientes al partido judicial de Ramales.—Día 3 de octubre, á las nueve de la mañana: causa formada contra Esteban de la Arena, por homicidio.

Los de Torrelavega.—A las diez de la mañana de los días 7 de octubre: causa contra Julián Domínguez Pérez y Manuel Arce Reuelta, por tentativa de robo.

9 de igual mes: causa de Juan Francisco López, por injurias contra la autoridad, por medio de la imprenta; y

11 del propio mes: causa contra Jesusa Pérez y Pérez, por robo;

Los del partido judicial de Villacarriedo.—Día 28 de octubre, á las 9 de la mañana: causa contra José Samperio Fernández y José Pérez y Pérez, por robo.

Los de San Vicente de la Barquera.—Día 14 de noviembre á igual hora: causa contra Juan Manuel López Echevarría, por haberse encontrado en su poder instrumentos para ejecutar el delito de robo.

Los de Laredo.—Día 16 de octubre, á las 9 de la mañana: causa contra Federico Gánzara Bernaldes, por asesinato.

Entre las jurados supernumerarios figuran los vecinos de esta ciudad que á continuación se expresan:

Partido de Torrelavega.—Señores don Bernardo de la Pedraja; Juan Santelices Bolado; Pio Aizcorbe; Vicente Perlaica; Fernando Calderón de la Barca, y Justo Colongues.

Partido de Ramales.—Señores don Alfredo Alday; Eduardo Avellana; Gabriel García Cires; César Pombó; Agustín Gutiérrez Fernández; y Manuel García Obregón.

Partido de Villacarriedo.—Señores don José Miguel Odriozola; Francisco Torriente Díez; Vicente Lamera; Federico Rodríguez Liaño; Mauro González Bustamante é Isidoro Alonso.

Partido de San Vicente de la Barquera.—Señores don Ruperto G. Escotriá; Juan Rasilla Navarro; Diego Anes; Eustasio Sierra; Pedro de la Torriente Díaz; y Ricardo Cagigal.

En el día señalado para la reunión del jurado se depositan en una urna tantas papeletas cuantas fuesen los jurados y supernumerarios presentes y admitidos, y en seguida se procede al sorteo de doce más dos suplentes, que con los jueces de hecho han de formar el Tribunal que ha de entender en el juicio que se vaya á celebrar inmediatamente, pero los procesados por una parte, y de otra, el fiscal y los acusadores pueden recusar á los jurados designados por la suerte hasta que baya 14 no recusados por nada, costando al efecto aquellos cuyos nombres no hayan salido de la urna. Los nombres de los dos últimos que salgan de ella son los que funcionan como suplentes.

LA MARQUESA DEL SARDINERO.

Ya lo sabéis; casi todas las cosas que os refiero á diario, casi á diario, habré de añadir, son puramente ciertas; hoy os quiero hablar de una linda muchacha, hija de un noble personaje, rico él, con circunstancias polísticas él, fino, cortés y campechano.

Es una rubia encantadora, la marquesita; alta, delgada, gentil; gozo muy vivo expresan sus dulces é infantiles ojos azules; cuando ella sale muy de mañana del hotel, y dirige sus miradas al mar, parece que en sus pupilas hay reflejos del profundo misterio de los espejismos de luz y azulado verdoso visos del Océano; en ciertos días ofrece en sus risas de niño contento, en la movilidad graciosa de su cuerpo, que se mueve como por suaves ondulaciones, algo de semejante con el ruido y el vaivén de las olas... pero Margarita no es pérdida; es una preciosa muchacha, pálida, nerviosa que pinta muy bien, toca el piano como predilecta discípula que fué de Power, canta con voz angelical y lee con entusiasmo loco á Pereda.

De mi afición á leer á Pereda, dice ella resulta la preferencia que doy á Santander sobre Biarritz á donde íbamos todos los años.

Pues bien; á Margarita la perseguía en Madrid un joven prosaico, tímido, torpe, provinciano en traje, costumbres, y pensamientos y dinero; porque el pobre muchacho es rico.

Antonio se presentó como un inocente con su enorme ramo de flores en la mano ante la puerta verja del hotel de la marquesita.

Un ramo de flores para la señorita y un duro para el portero.

No cabía duda, tratábase de un señorito de provincia.

El joven se presentó antes de las siete de la mañana; hasta en los cuadros de flores del paseo de Recoletos se veía aún el rocío; aún no habían vuelto del Retiro las modistas y los horteras, personajes de idiotos bullangueros; ni circulaban por las calles los coches de punto, ni corrían los tranvías, ni los mangeneros de la villa habían comenzado el riego de las calles con duchas á los perros de Terranova.

Antonio llegó con su ramo, á la hora en que el mozo de la panadería de Viena dejaba los bollos, y las burras de leche iban de retrada.

Aquella tarde, Margarita sirviendo en la terraza dulces y té, á sus amigas, las decía.

—Soy mujer de poca fortuna; figuráos, hijas mías...

—Buenas tardes, mamá! exclamó la hija de los vizcondes de Casalformosa, bonitísimo diablillo de quince primaveras.

—No me interrumpas, Carmela; pues figuráos que he sabido enamorar al hijo de un almacénista de Ultramarinos; no cabe duda, papá vendé al por mayor mezcla moka y caracolillo, y legítimo de Escocia. Esta mañana ha echado el manco sus cuentas, y se dijo: veinte del ramo y veinte al portero, por diez pesetas cincuenta, en estos cincuenta van los gastos de tranvía, deslumbre á la marquesita, que cuando menos me toma por un príncipe ruso, que hace las cosas con arranques de esplendidez.

—Es el muchacho que nos seguía por la casa de campo?

—Sí, Elvira mía ¡me sigue! Esto es cosa de desesperarse, me habrá tomado sin duda por la hija de algún exgobernador de Filipinas. Carmela se atrevió á decir que el muchacho

era guapo; convinieron las cuatro señoritas en que el joven vestía con exageración valisoleña, que dá un figurín de color recargado y líneas exageradas, y por último hubo sus puntos de compasión para Antonio, calificado por todas las muchachas de pobre chico.

—Estoy temblando; el mejor día, añadió la marquesita,— uno de los políticos ó de los bolsistas que tratan á papá, me presenta al muchacho ese... y me dispara unas poesías para el álbum ó para el abanico.

A fines del mes de julio último, Marcela y Nicolás, la camarera de Margarita y el ayuda de cámara del marqués, preparaban el equipaje para la expedición veraniega; los grandes baules mundos de la señorita iban cargados de trajes claros, elegantes, aereos, trajes para la playa y el monte, vestidos leves de blandos pliegados que dejan delicadamente visible el contorno del cuerpo, y por ellos se marca con facilidad esa gracia de las líneas naturales que son el acento de una figura llena de juventud y de gracia.

—¿Dónde vamos este año, niña? preguntó el marqués á su hija.

—Al Sardinero.

—¿Al Sardinero? ¿Sea; pero te aviso que allí habrás de hallar al provinciano, á Antonio (permítame que tenga siquiera la discreción de no decir el apellido que pronunció el marqués), el que pidió tu mano... y á quien tú no aceptaste... y á la verdad, te alabo el gusto; pero en fin, allí le hallaremos y volverá de seguro á perseguirte. Nos iremos á San Sebastián.

Margarita quedóse pensativa; tenía en sus manos un ejemplar de Sotileza, y la imaginación vagaba en las frescas costas de Cantabria, bajo un cielo de luz tibia; sentía Margarita deseos de aspirar las brisas marinas, de las montañas de verdor, y de las playas espumosas, el delicioso bienestar de la temporada veraniega en el Sardinero.

—¿Qué importa? replicó melancólicamente; sea ridículo dejar por eso nuestra costumbre.

Y pocos días después, la prensa de Santander saludaba entre los viajeros distinguidos que habían llegado á la ciudad al marqués de... y á su preciosa hija.

Hasta aquí, todo esto es historia dentro de la más rigurosa discreción; pero hemos sorprendido una carta y vénganos lo que nos viniere por la indiscreción de publicarla, lo hacemos con diabólica audacia de imperitinentes reporters.

II

Querida Sofía: tu carta me ha hecho reír; de veras te digo que es una fortuna tener un papá tan complaciente y corriente como es el mío; le comparo con tus respetables señores tíos y te compadezco al verte metida en ese poblachón de Castilla, con solo el recreo de pasearte en los trillos.

Vivo contentísima; y acerca de lo que de seas con tanto empeño saber, te diré que me ha ocurrido precisamente lo contrario de lo que tú y yo temíamos; el joven provinciano ha dejado de importunarme; y voy á darte carta haciendo la letra muy chiquitita porque así me parece que te hablo al oído: lo siento, no sé qué hay en esta hermosa y libre naturaleza de la montaña y del mar, que da á los sentidos facultad de percepción más clara.

Antonio T. es un muchacho que viste aquí con sencillez, aparece con mayor soltura, se halla en su casa, es cortés, sin afectación, y se aviene mejor su alma sencilla a este trato «sans façon», propio de las playas que no á los remiramientos y etiquetas de por allá.

Tres veces tan sólo se ha acercado á hablarme y por casualidad me reveló cierta delicadeza de gusto y finura de inteligencia, que me han agradado.

Paseábamos silenciosos por la playa y acortó á pasar delante de nosotros un chiquillo desahogado; su blusa era un extraño descolorido, puro girónes, y así su calzoncillos; se le veían dos preciosas piernas, y un pecho y una cabeza muy bien formados.

—Precioso muchacho, dije; parece un modelo de barro cocido, una esculturita para un etaje de bibelot.

—Todo eso lo hace Dios; me repicó gravemente Antonio.

—No le entiendo á usted.

—Hace Dios que la belleza de los pobres se vea llena de gracia por entre los andrajos... porque así inspira á los artistas y gusta á los ricos, cuyos hijos van muy bien vestidos, pero suelen ser flacos y macilentos sus trajes parecen lujos de mortaja.

Soy muy viva é impresionable y asocié este su útilísimo concepto á otra idea... otra idea que yo no puedo decirte...

Tan sólo te diré que después de la referida conversación y de otras, suelo pensar en que me complacería mucho que el provinciano reincidiera en sus amorosas pretensiones hacia mí.

Mañana te escribiré. Tuya Margarita.

III

En la playa, no hay modo de encubrir con artificios de trapo el cuerpo escualdo, los músculos estrujados y secos; el traje de baño sirve á la honestidad, pero sin encubrir la belleza que Margarita había entrevisto por los andrajos del chicuelo de playa; y basta decirle esto al curioso lector, que si pone empeño habrá de comprender nuestro enigma.

¿Pero fué tan sólo la gallardía y gentileza lo que enamoraron á la marquesita? no.

Hace pocos días se hallaba preocupada, porque todas las tardes á la misma hora solía encontrar á Antonio dando el brazo á una anciana. ¿Quién sería aquella señora?

—Es la mamá de usted la señora á quien usted acompaña? Lo he adivinado, al ver el respeto y el cariño con que usted la trata, dijo á Antonio, no bien tuvo ocasión de hablarle.

—No es mi madre, replicó éste, desgraciadamente la perdí; esa anciana es una antigua criada que tuvo mi madre. Mi madre en sus últimos años quedóse paralítica; yo me hallaba en Bélgica concluyendo mis estudios, y esa pobre mujer cuidó y asistió á mi madre como hubera podido hacerlo su hijo; hoy se ve vieja y enferma, y es natural, la cuido y la venero, y lo haré mientras ella viva.

Entonces resaltó á los ojos de Margarita el contraste que ofrecía aquel hombre serio y delicado con los gomosillos aristocráticos de la corte.

—Decididamente, si ese muchacho vuelve á hablarme... dile que acepto,—dijo ayer á marqués su hija.

—Pues bien, nada le había dicho de tu negativa anterior; puedo darle la enhorabuena, replicó el marqués.

Y según tenemos entendido, dentro de poco se celebrará la boda de la marquesita y Antonio de T. en la capilla de San Roque del Sardinero, previa licencia eclesiástica. Luego se quejarán ustedes de este astuto noticiero, correveidile y sábelo todo.

ADIOS A LA PETTIGIANI

Ojalá no sea verdad que ya nos hemos despedido de la divina artista!... Pero después del concierto de anoche pudimos encontrar esa esperanza, de la cual nos apremiamos á hacer partícipe al público, á ese público enloquecido anoche por el entusiasmo del arte excelsa, para que siendo de él tanto como nuestra, parezca ingrata el defraudarla...

Acaso se prepare otro concierto para el domingo.

Fué el alcanzado anoche por la señorita Pettigiani un triunfo inaudito, de esos que casi nunca se han logrado del público, un tanto ceremonioso, que concurre al Casino del Sardinero; fué una serie de ovaciones delirantes; fué el vértigo con que el arte sublimemente sacude á veces y electriza los entusiasmos dormidos; fué la apoteosis de una artista, que cantó anoche como nunca habíamos oído aquí cantar, ni á ella misma, empuñando cantos, ni á ella misma, empuñando cantos, ni a la soberana cantante de los conciertos anteriores, empuñando, por tanto, aquellos elogios en que se había desbordado nuestra admiración de otros días.

Cuando los aplausos se confundían con las últimas notas de *Guzmán el Bueno*, se presentó en el estrado la señorita Pettigiani alegre y ligera como una avejilla no exenta, sin embargo, de cierto aturdimiento denunciador del miedo no dominado todavía... hasta que empezó á cantar, que entonces le desaparece toda preocupación, poco duradera en el alma del artista que ama y que siente... No hay modo de decir cómo cantó la brillantísima cavatina de *Traviata*, adornado el original, con una fermata, con trinos inverosímiles, que casi producían estupor en el auditorio. No hay modo de decir cuánto la aplaudimos, cómo la aclamaron todos con bravos; mal contenidos, hasta hacerla presentarse una y otra vez en el estrado, para comenzar de nuevo las atrozadoras explosiones de admiración frenética.

La preciosa y delicada melodía de *Mme. Rothschild Si vous n'avez rien á me dire*, desconocida aquí, una de las favoritas de la Patti, cautivó al auditorio, primorosamente cantada, de modo que no es creíble que pueda cantarse mejor.

Las variaciones del *Carnaval de Venecia*, número en el cual puso Verdi todos los escollos del arte, fué sembrándose de trinos, *staccatos*, escalas y arpeggios, entre cuyo berlabinto se perciba siempre el mismo tema encantador, alcanzando una ejecución prodigiosa. Es verdaderamente asombroso el modo como la Pettigiani usa de la *mezza voce*, de efecto mágico y delicadísimo cuando la emplea en las escalas apyando en una nota alta y ligando con suavidad admirable.

Igualmente insuperable estuvo en el *Rondó de Sonámbula*; cantó con dotes de expresión y sentimiento, con infalible delicadeza, el andante. «Ah! non credea mirarti»; bordó con filigramas de estilo, con una *fortitudo* selectísima el allegro «Ah! non ginagrà», el cual tuvo que repetir después de muchas llamadas á la *escena*, para acillar los aplausos del auditorio entusiasmado, coluquidico.

Pero no fué así; la ovación era estruendosa é incansante; se retiraba apenas la *dina*, cuando tenía que presentarse de nuevo... Al fin, era forzoso cantar otra vez, y la egregia artista cantó, fuera de programá, el vals de la sombra, de *Dinorah*, de la misma portentosa manera, con una admirable precisión en la fermata con la flauta, y con un pasaje picado que fué verdaderamente primoroso. Nuevos aplausos, nuevas aclamaciones, nueva ovación, más entusiasta que esa que solemos describir, llamándolas indescribibles...

El triunfo que alcanzó ayer Ana María Pettigiani, ya lo hemos dicho, fué verdaderamente excepcional; triunfar así de la reserva ó de la frialdad de un público como el que habitualmente concurre al Casino—bien que ayer estuviera aumentado por mucha gente atraída por la curiosidad ó por la ansiedad de oír á la artista celebrada—es val de la sombra, de *Dinorah*, de la misma portentosa manera, con una admirable precisión en la fermata con la flauta, y con un pasaje picado que fué verdaderamente primoroso. Nuevos aplausos, nuevas aclamaciones, nueva ovación, más entusiasta que esa que solemos describir, llamándolas indescribibles...

La orquesta puso también por su parte mayor empeño que nunca en contribuir á la brillantez de la fiesta.

Arbós mostró en el trío de Beethoven lo prodigioso de su ingenio, de su gran manera de tocar el violín, arrancándole esos que se ha dado en llamar acentos inspirados, y que resultan de la maestría en la ejecución y del estilo propio del ejecutante; que cuando es artista del talento de Arbós parece que el maestro compositor de la obra ejecutada se revela le más secreto y superior de la belleza y de la gracia de la composición.

El señor Calvo, en la Polaca del trío, reveló una admirable facilidad, salvando el escollo que para todo instrumentista de este luocello colocó en la última posición de *estudo* el profundo genio de Beethoven.

El señor González produjo los difíciles y hermosos arpeggios de la polaca graciosa y filisimamente, realizando la precisión y la sonoridad que exigía la referida parte que estaba encomendada.

El señor Enguita acompañó muy bien la melodía *Si vous n'avez rien á me dire*, y las variaciones del *Carnaval de Venecia*; el público aplaudió y la Pettigiani tomando el señor Enguita de la mano le hizo avanzar sus aplausos.

BULLANGA.







